

# En un extraordinario cumpleaños

(Al cumplir 30 años monseñor Castro)

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Allá por el año de 1910, en el Seminario se dictaban cursos para alumnos externos; las matrículas en el externado eran de extraordinaria baratura, así se facilitaba a los niños de limitados recursos económicos y que ofrecían esperanza de una posible vocación, la iniciación de sus estudios eclesiásticos.

Mis preparatorios de literatura hícelos en la Escuela Apostólica de la Catedral, colegio que fue necesario derruir como secuela de las graves asonadas de abril. Cuando, concluído, fue necesario comenzar en forma los de bachillerato, pasé de la Apostólica al externado del Seminario. Examinado para conocer mi preparación, los superiores la hallaron suficiente como para matricularme en segundo año, a condición que añadiese a las sencillas clases iniciales, un primer curso de latín, pues de ese hermoso pero difícil idioma no sabía sino lo que puede saber un rapavelas: contestar al celebrante **amén y et cum spiritu tuo**. Hice, pues, el primer año de latín con un sacerdote recientemente ordenado, excelente latinista de quien guardo gra-

ta y agradecida memoria, el presbítero Luis Jorge Tejeiro, que de Dios goza ya.

El año siguiente la sintaxis latina la dictaba un sacerdote, el año anterior doctorado en Roma, joven y muy apuesto en su eclesiástico talar, de quien hubiera podido decirse el verso del poeta, que este levita era "un garrido y noble garzón". No obstante sus pocos años, su fama de docto y verdadero caballero ganaba a cuantos le iban conociendo. A la hora precisa entraba en aquellos seculares claustros, y una breve oración en latín, empezaba a dictar la lección correspondiente. Entendía yo algo de lo que es el hipébaton y la elipsis, pero... la segunda semana empezó mi calvario. El doctor José Vicente Castro Silva (pues no era otro el profesor) explicaba la lección del predicado: recuerdo el ejemplo que trae la gramática de Caro y Cuervo para explicarlo: "Cremes regaña enojado". "El iracundo Cremes regaña". En el primer caso "enojado" es un simple adjetivo que califica al sujeto Cremes; en el segundo caso, Cremes regaña porque está eno-

jado, la palabra **enojado** hace oficio de predicado pues califica al sujeto Cremes a través del verbo regañar; si no estuviera enojado, no regañaría. Entender un mocoso de trece años esas sutilezas, ¡imposible! Se apoderó de mí el desaliento. Decididamente dejaría los estudios e iría a aprender un oficio para ganar el pan... Pero, ¡misericordia de Dios! Los superiores del Seminario cayeron en cuenta que era tontería tener a un doctor de la Gregoriana enseñando sintaxis latina a unos arrapiezos incapaces de entender qué es predicado; el doctor José Vicente Castro Silva pasó a dictar filosofía moral; el presbítero Luis Jorge Tejeiro con quien yo había medio aprendido un poco de analogía latina, fue nombrado profesor de sintaxis en reemplazo del doctor Castro.

El dicho doctor iba a enseñar a jóvenes muy inteligentes una materia muy alta: *Ética*. ¿Sabría yo qué era *ética*? Lo dudo, pero sí advertía que debía ser un estudio muy difícil, propio para personas mayores.

Cuando ya llegara al quinto año de estudios, quizá hubiera logrado aprender un poco más de latín, pues en esa lengua se dictaba la clase de *ética*, y alcanzase a seguir las doctas lecciones del canónigo Castro Silva, pues ya el arzobispo Bernardo Herrera le había vestido la muceta canonical al joven y muy bien preparado sacerdote.

El tiempo pasa muy de prisa, no corre, vuela. Heme de nuevo —para honra mía— de discípulo del presbítero Castro Silva, ya con tratamiento de señoría; yo, igual de incapaz. El carácter del presbítero que me inició en la sintaxis latina, de profesor de *ética* era otra cosa. Ya no era excesivamente serio: aho-

ra era sonriente y amable; el latín que hablaba era de una pureza clásica, pero de gran sencillez, tenía la austera simplicidad del de César y la grata sobriedad de Cornelio Nepote. Contaba anécdotas en latín, y... yo mismo, sorprendido, feliz, reía, pues alcanzaba a comprenderlas.

Pero el tiempo no está quieto un momento. El canónigo Castro Silva debía enseñar materias más altas aún. Tres años después torné a ser su discípulo nada menos que en teología dogmática. ¡Qué portento de clase! Las verdades dogmáticas iban en sus labios surgiendo en toda su sublime belleza. Con cuánto agrado vuelvo a repasar las breves notas que tomé en clase. Qué modo tan inteligente para exponer el dogma del pecado original. Cuán admirables las clases en que expuso el inefable misterio de la encarnación; según mi escasa memoria me dice en este punto seguía más el pensamiento de Scoto y San Buenaventura que las tesis del doctor de Aquino. El Verbo se hubiese encarnado aun cuando no hubiera comido la primera pareja humana el fruto vedado. **Deus caritas est**, el Verbo es amor esencial y se hubiese vestido de carne humana no tanto para satisfacer la primera falta de una débil y pobre criatura sino porque El es amor puro, el amor lleva a la unión.

Pero, ¡ay!, como dijo uno de nuestros poetas: "Cuán pronto se acaba todo lo bueno en la vida..." Pasaron las felices horas de oír en clásico latín los augustos dogmas de nuestra religión. Comenzó mi vida sacerdotal; pensé que el prelado me enviaría de coadjutor de un párroco de aldea, pero su bon-

dad me designó para segundo capellán de Monserrate; como hace cuarenta años la peregrinación a la ermita del Señor del primer clavo no era tan nutrida como ahora, no había misa todos los días, y así podía ser también segundo capellán del Hospicio. El primer capellán, constructor del hermoso templo actual y del funicular, era el activo presbítero caldense Gregorio N. Ocampo (que santa gloria goce). Cuando estuvo concluído el templo (hoy basílica) y en servicio el funicular pasé a capellán de un colegio de niñas. Hubo de morir por esos años monseñor Rafael María Carrasquilla, rector que fue durante toda su vida del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. ¿Quién lo sucedería? He aquí la pregunta que estaba en todos los labios. Los colegiales a quienes corresponde elegir al sucesor, concedores de monseñor Castro pues era su profesor de filosofía del derecho, no dudaron un instante y lo eligieron rector. Monseñor Castro Silva se encontraba en Europa; un cable le comunicó la noticia, y él, obediente a los deseos de la juventud, tomó en El Havre el primer barco que hacía rumbo a Puerto Colombia. Pocas semanas después Castro Silva tomaba posesión de la rectoría del secular e ilustre Colegio Mayor.

Bien pronto advirtió que para obtener excelentes rosaristas había que desde niños prepararlos. El Colegio Mayor tenía, para recreo de sus alumnos en los días de asuetos, una quinta en los alrededores de Chapinero, de amplias proporciones, denominada "Quinta Mutis". ¿Por qué no fundar allí un Rosario Menor? ¿A quién pondría a su cabeza? A aquel sacerdote de poca experiencia ciertamente, pero al pa-

recer con alguna disposición para el magisterio. ¿Cómo se llamaba? Llevaba un nombre muy castizo, el de un personaje del Moro Expósito... Sí, sí... ¿Alvaro... qué? Sánchez. Y monseñor Castro Silva me nombró subdirector del Rosario Menor; agradecido yo con el nombramiento, feliz con el cargo que iba a desempeñar, hice trasladar mis enseres a Chapinero, y heme aquí de superior de un colegio de niños tan importante como el Rosario Menor.

Durante cuatro años procuré desempeñar mi cargo, pero imposible... acabé por reconocer mi incapacidad, mi escasa cultura; y (como honrado sí soy) comprendí que en vez de ser provechosa mi presencia a la cabeza de aquella pollada de futuros bachilleres, los perjudicaría llevándolos impreparados a los claustros del Mayor. De mi propia voluntad —avergonzado de mi nesciencia— renuncié. Monseñor Castro —la bondad misma— me exhortó a perseverar **docendo docemur**, pero mi conciencia me exigía insistir en la renuncia.

Y he aquí cómo el propósito de hacer un fervoroso elogio del ilustre rector del Colegio Mayor, se ha convertido en llenar estas páginas con mi nombre. Dispense el lector este abuso de su paciencia y cumplamos el anhelo. Empecemos por hablar de su genial inteligencia y feliz memoria. Le basta a monseñor Castro Silva con pasar la vista por el índice de un libro para darse cuenta cabal de su contenido, y, si le atrae y lo lee, retiene capítulos enteros de memoria, que no olvidará nunca; este el secreto de su copiosísima información sobre diversidad de materias, su cultura no de revistas y superficial sino seria y de verdadera for-

mación humanística. Su firme voluntad no solamente lo ha llevado a estudios sostenidos sino a emprender obras materiales de clásica dignidad: visite el lector el moderno edificio construído donde antes se levantaba la "Quinta Mutis", y deténgase a admirar las reformas a la clásica capilla del Colegio Mayor.

En oratoria sagrada es el legítimo sucesor de Carrasquilla. Quien lo ha oído predicar del divino Sacramento, de María Inmaculada, de los novísimos en alguno de los múltiples ejercicios espirituales que ha dictado, señaladamente para jóvenes, se sorprende de la novedad con que trata los temas expuestos ya por predicadores de reconocida elocuencia. En oratoria profana ha escrito páginas de sorprendente estilo; su modestia y, por así decirlo, su exigente gusto, lo hace estar muchas veces descontento con su prosa que para muchos otros estilistas sería motivo de legítimo orgullo. Tuve la fortuna, como la tendrían algunos de mis lectores, de oírle la oración sobre "El Quijote", que pronunció al recibirse como académico de la lengua; no es costumbre en estas piezas oratorias interrumpir al orador con aplausos: se le escucha en respetuoso silencio; los aplausos se reservan para el final; cuando monseñor Castro pronunció su oración, a tal punto era abundante y brillante que, no una, sino varias veces, fue interrumpido por los entusiastas aplausos de los oyentes arrebatados por aquella encendida elocuencia. Como miembro de número de la Academia de Historia pronunció una de sus más bellas oraciones: la de **La tristeza de Bolívar**; le oí en los claustros del Mayor el elogio del poeta Pombo.

Estas cuartillas se harían interminables si quisiera recordar sus muchas oraciones panegíricas.

Monseñor es también polemista. Había publicado por aquella data el bien conocido doctor Luis Zea Uribe un libro titulado **Mirando el misterio**, muy sugestivo por cierto, lo cual hizo que la obra comenzara a circular prontamente. Se trata en ella de exponer los arcanos espiritistas y de hacer su defensa y elogio. Monseñor Castro Silva, sacerdote ante todo, empuñó su acerada y bien tajada péñola para refutarla, pues vio muy claro el daño que tal libro podía causar a las almas. Cuatro artículos dedicó al engañoso librejo, publicados en **El Nuevo Tiempo**. Al segundo el doctor Zea escribió la defensa de su obra, y a este replicó monseñor. Creo que agradará a mis lectores una muestra del insigne polemista. Hela aquí:

"El señor doctor Zea Uribe ha hecho algunas observaciones en **El Espectador** de fecha 3 de septiembre último a dos artículos que, a propósito del libro **Mirando el misterio**, he publicado en **El Nuevo Tiempo**. De estas observaciones se deducen en primer lugar dos agravios graves. Ante todo el de **deslealtad**. Y el doctor Zea Uribe funda el cargo del modo siguiente...". Viene luego una larga y minuciosa refutación, y al cabo concluye con estas precisas palabras: "...No quiero terminar sin referirme al final de las observaciones que el doctor Zea Uribe publica en **El Espectador**; lo que allí expresa el doctor Zea Uribe me obliga a manifestarle respetuosamente que así como yo no me atrevería jamás a sospechar de la buena fe, desinterés y rectitud con que pro-

cede al exponer y defender sus doctrinas, tampoco puede él imaginar que, si yerro en la interpretación de sus escritos, lo hago por miserable granjería o con intención malévolas". Luis Soracta (Anagrama de Castro Silva).

Monseñor Castro Silva ha escrito mucho, pero no satisfecho de su pluma limpia y castiza, ha publicado poco. Cuando hace pocos días fui a solicitar su colaboración para una antología del pensamiento filosófico, que preparo, me dijo mostrándome un archivador grande, alto: "mira, está completamente lleno de originales míos que un día de estos haré quemar, para que nada de eso pueda publicarse después de mi muerte". "Pecado sería hacerlo", le respondí yo; pues Dios no da sus dones sin objeto, sino para hacerlos conocer del prójimo y

que de ese conocimiento (de malos, si lo son) se hagan buenos, y de buenos, mejores. Me dio antojo de decirle lo que dizque ordenó el emperador Augusto a la muerte de Virgilio, que había mandado quemar sus manuscritos por no haber tenido tiempo de darles la última perfección: "Nadie toque esa obra y publíquese como la dejó el poeta". Qué inteligente fue el César y cómo salvó para el gozo y admiración del mundo la suprema epopeya latina.

Dios conserve la vida de monseñor Castro Silva para alabanza de la mano providente que lo enriqueció con sus mejores dones, y para provecho —señaladamente de la juventud— que con su ejemplo y con su palabra continuará dirigiendo por el recto camino del bien.